



FOTOS: JUAN COLOM.

## LA VIEJA BARCELONA

JAVIER SAURAS

En cierto modo todas las ciudades grandes de cara a los forasteros son como rameras, si estos llegan con suministro, se les mostrarán amables, abiertas, sin secreto. Si acuden por necesidad, sarcásticas y ariscas.

Si el extraño tiene tiempo y dineros de sobra lucirá amigos en todas partes y de todos los sitios donde vaya sacará parecida impresión, jamás sombría y quizá superficial. Pero si ha de emigrar y buscar trabajo, pongamos por caso, o ir como estudiante de pensión barata y bocadillo de anchoas, descubrirá oportunidades, diversiones, soledades mezquinas e infiernos distintos en cada punto que eche el ancla.

Barcelona puerto y puerta es, muelle y poblado, entrada y salida, y no se sabe bien si es mas lo uno que lo otro, o lo es todo a un tiempo. Sidón y Babilonia de las urbes peninsulares ofrece sus mil rostros y sus mil bocas, accesos, arcos triunfales, portillos de escape, colectores, alambiques, dinteles de la cultura, dentaduras y prótesis que asimilan, engloban, aplauden, ocultan y mastican las trayectorias de los hombre, anulando, encumbrando, exprimiendo, asentando o cubriendo con las losas del anonimato vidas, ocasiones, azares y fortunas.

Esta es ciudad de acceso, y muchas veces de tránsito, se llega, se vive, se trabaja y casi siempre se tiene que partir, pues es sitio de quehaceres antes que de arraigos. Por eso es dura, pero llena de vida, pues la hicieron y la hacen las necesidades espontáneas y el comercio, no la voluntad de los estadistas.

Barcelona es Cataluña, pero es mucho más, rebasa al país que capitaliza, es Mediterráneo, es el teatro de una fuerte cultura y uno de los puntos ideales que señalan los ejes de la esencia de Europa, y de su libertad.

La gente antigua de Barcelona suele decir que antes de la guerra era una ciudad llena de alegría, pero que después fue distinta. Esa jovialidad natural del pasado se marchitó con los malos tiempos, el miedo y la miseria, siendo sustituida por las resabiadas sonrisas del consumismo, las diversiones turísticas programadas, en fin, por el garrote levantado del "neo liberalismo" económico.

Hace unos pocos años Barcelona parecía, frente a la esclerosis levítica de las ciudades provincianas de la península, el reducto y el no va mas de lo crapuloso, el escenario clandestino de las canitas al aire, modestas pero picantes, de nuestro imperio.

El talante liberal y cultivado de la Barcelona de preguerra se había metamorfosado en un esperpento maquillado de libertinaje, siempre dócil a la voz de mando. Afortunadamente esa época tética pasó, y la ciudad vuelve a lucir algo de su antigua índole liberal, siempre amenazada, desde luego, por la frialdad de sus maneras capitalistas.

Esta población tiene una zona antigua que reúne todas sus características, virtudes y defectos, resumiéndolos en su breve contorno y mostrando, si ello es posible, sus mayores acentos. En esa parcela se ha de ver la tradición, el equilibrio de la vida catalana y el contrapunto meridional de lo andaluz, tan hecho ya al propio ser de la urbe.

Me atrevo a asegurar que Barcelona y toda Cataluña es la tierra preferida por los andaluces en su forzosa emigración, para la mayoría de ellos es una segunda patria, donde arraigan con alegría y procuran aprender la nueva lengua. La emigración de las gentes del sur es posterior a la guerra civil, anteriormente fueron aragoneses los que nutrían mayoritariamente el proletariado barcelonés, muchos de ellos afiliados a la causa libertaria; hoy sus descendientes suelen formar parte de la pequeña y media burguesía.

El casco antiguo de Barcelona es un amplio abanico que se extiende desde el parque de la Ciudadela hasta las aceras del Paralelo, hendido por el surco vital de las Ramblas. Las zonas más peculiares de este son las formadas por el llamado "barrio gótico"





y el, desde antiguo, célebre "barrio chino", entre los que no hay fronteras claras, pues su relación es protéica, por no decir amorfa.

El nombre de barrio gótico es solamente un soso apelativo turístico, pues no es gótica toda la zona de los alrededores de la catedral. En cuanto a edificios de ese estilo y hasta románicos hay esparcidos por toda la parte antigua de la ciudad, incluso junto al barrio chino, sin que por ello sea barrio gótico. En general todo el casco antiguo tiene un interés urbanístico grande, pues es difícil poder ver en la península un conjunto enorme y casi entero, tan peculiar y variado, surcado de calles estrechas, caserones sórdidos, palacios y plazuelas inesperadas.

Entre una y otra zona hay abismos diferenciales de carácter, no tanto de urbanismo. Los alrededores de la catedral y la plaza de San Jaime son, a nivel popular, el centro espiritual y político de Cataluña, sin olvidar Montserrat; mientras que las Ramblas de Santa Mónica, Capuchinos, el Arco del Teatro, Conde del Asalto y el Paralelo, amén de Escudillers, sus callejuelas vecinas, y no olvidando nunca Robador, encarrilan un zoco del placer barato para la inmensa y variopinta población flotante, el rompe y rasga del vicioso lumpen, parásito de paletos, marineros, estudiantes, camionero, proletarios de sábado y otra gente pequeña.

Sería maligno hacer creer que todo sea vicio y golfante miseria en el barrio chino, nada más lejos de la verdad, pues aunque es cierto que en el radican las aves nocturnas y que son las que mas ruido meten, ha de tenerse en cuenta que allí viven infinidad de familias trabajadoras que nada tienen que ver con ese ambiente crispado mas que por la forzosa coexistencia.

El barrio gótico conserva con esmero sus viejas piedras modestas y sus grandes monumentos, restaura y adecuata, reduce el tráfico rodado y procura una salida comercial e incluso cultural a sus sabrosas calles (¡Oh!, la inefable "cultureta" catalana). Está lleno de museos, salas de exposiciones, librerías de viejo, ópticas, granjas y chocolaterías, asociaciones excursionistas, artísticas, católicas, anticuarios, joyerías, etc.

El barrio gótico es la hormiga, pero el chino es la cigarra.  
 Uno es San Jorge, patrón de la Cataluña inamovible,  
 mesurada y tenaz, el otro es el dragón de mil cabezas, marítimo,  
 travestí, corrupto, ingénuo, pobretón, descalzo, maloliente,  
 ebrio, grosero y desheredado. Pero la verdad  
 es que el uno sin el otro no podrían vivir, son viejos compadres  
 que se comprenden sin rencores ni escándalos. No tienen ya dientes.

En el barrio chino y en las Ramblas hay de todo, parejas  
 de mujeres que te ofrecen comentar la Biblia,  
 puestos de gomas, doctores venéreos, espiritistas, magos  
 y echadoras de cartas, tabernas taurinas, nidos de arte y pastis  
 marsellés, academias de baile flamenco, bares del alterne, tascas donde  
 unos viejecillos descarados se te arrancan por buferías si les  
 pagas una caña, establecimientos de legumbre cocidas,  
 frontones con auténticos pelotaris vascongados  
 que pasan sus mejores años esperando un contrato para Miami que no  
 llega, y matando el tiempo y la forma en las cafeterías, vecinas  
 a sus frontones, llenas de furcias.

El barrio chino es el alfa y el omega de muchas prostitutas  
 que en el empiezan su carrera, luego van accediendo  
 a zonas elegantes, ensanche, Sarriá, Pedralbes, y en su declive físico,  
 si no saben retirarse a tiempo, vuelven para acabar viejas  
 y fellinianas en los tugurios de la calle Robador, excitando mas  
 hilaridad cruel que deseos libidinosos.

Entre los dos barrios hay una zona de nadie, las Ramblas y  
 sus aledaños, que tiene peculiaridades de ambos, y en ella se pone más  
 de manifiesto la dialéctica, o quizá el maniqueísmo de estos.  
 Calles que durante el día son laboriosas y respetables,  
 por la noche se revisten del olor barato de fritangas,  
 pollos asados, pecado y provisionalidad.

Para espectáculo total no hay como las Ramblas y la plaza Real  
 a cualquier hora. Allí asoma el hocico la fauna noctámbula  
 de la ciudad, como para oxigenarse, la gente normal por curiosear,  
 los extranjeros por ver, y los japoneses, con sus consabidas cámaras,  
 nadie sabe para qué.

Allí es de ver cómo coincide todo el mundo en ágora, sin primacías ni  
 distingos, con ese arte de la convivencia dispar que tan  
 magistralmente dominan las ciudades mediterráneas.

Pueden admirarse las mujeres comprando flores,  
 los niños absortos ante los puestos de pajarería, los elegantes asistiendo  
 a la ópera o los pirados de mirada perdida, en armónica amalgama  
 con las beatas que van a la iglesia de Belén, las parejas de novios, los  
 guardias, las fulanas y los sodomitas pimpantes, con sus  
 pequititas retadoras, sus frunces, sus sisas y sus marcados pantalones,  
 en muestra y loca competición de galas y atavíos.

Sería imperdonable olvidar los olorosos mercados de la  
 vieja Barcelona, babaes de la hortaliza y de la legumbre cocida,  
 el tapeo de Aviñó y calle Ancha, el Borne, el barrio de San Pedro y el  
 de Santa Catalina, la activa Barceloneta, la Ronda de San Antonio,  
 Carmen, Hospital y el caduco Paralelo, histrión desangelado, con  
 sus teatros de revista, sus salones de diversiones, y el Molino,  
 célebre escenario donde la sal gorda de sarasas y tonadilleras sienta  
 catedra de dichos, picardías y facecias, sazonando la noche  
 barcelonesa.

Cuando llega el día, los madrugadores que van al trabajo, conjuran  
 las miasmas pecaminosas de la oscuridad que no acaba de huir,  
 con el aroma de los carajillos que toman a sorbitos cortos en los bares,  
 y desperezándose van a abrir sus almacenes, se meten en sus  
 taxis o siguen su camino hacia el currelo con su Vanguardia bajo  
 el brazo.

El diurno San Jorge les arenga con sus rudas vocales vernáculas  
 y levanta triunfante su cabeza laboriosa, vigilando el sueño de su dragón  
 cigarrón, que duerme la mona.

